Boletín semanal sobre
la parashá de la semana

PÁJAD DAVID

Publicado por las Instituciones Mikdash Ledavid, Israel

Bajo la presidencia y los auspicios del honorable, *Morenu Verabenu*, Ribí **David Jananiá Pinto**, *shlita*

Hijo del Tzadik, experimentado en milagros, Ribí **Moshé Aharón Pinto**, *zatzal*, y nieto del sagrado Tzadik, experimentado en milagros, Ribí **Jaím Pinto**, *ziaa*

MASKIL LEDAVID

La forma de merecer la bendición de Hashem

"Y éstos estarán de pie respecto de la maldición en el monte Eval: Reuvén, Gad y Asher; y Zevulún, Dan y Naftalí." (*Devarim* 27:13)

El *Or Hajaím Hakadosh*, *zíaa*, dice que un gran temor invadió a los Hijos de Israel al escuchar las maldiciones, y quedaron preocupados por el futuro. Entonces, se dirigieron donde Moshé Rabenu y le dijeron que querían saber qué iba a ser de ellos. Moshé les respondió que, si hasta la fecha ellos todavía continuaban viviendo y existiendo a pesar de haberse rebelado contra Hashem una y otra vez, podían estar confiados de que no iban a ser borrados de la faz de la tierra, pues "el Eterno de Israel no miente" (*Shemuel I* 15:29). Sobre esto, se puede objetar: ¿por qué los Hijos de Israel se "despertaron" con esta pregunta solo después del evento de las bendiciones y las maldiciones que figura en la parashá de *Ki Tavó*? ¡A simple vista, ellos debieron haber formulado esta pregunta ya desde que habían escuchado las maldiciones de la parashá de *Bejukotay*!

El *Or Hajaím Hakadosh* responde que hay una diferencia entre el hombre que es maldecido de forma particular, como individuo, y uno que es maldecido de forma particular, pero en medio de una congregación. Cuando el hombre es maldecido como un solo individuo, piensa que la maldición es significativa y surtirá efecto; pero cuando toda una congregación es maldecida, cada uno de los que componen dicha congregación piensa que la maldición no recayó sobre él de forma específica y particular, sino que recayó sobre todos como una "angustia de la multitud". En la parashá de *Ki Tavó*, en el acontecimiento de las bendiciones y las maldiciones, Moshé Rabenu les dijo a los Hijos de Israel las maldiciones que surtirían efecto en cada uno de los miembros de la congregación, de forma particular e individual. Por eso, cada uno de los Hijos de Israel tuvo mucho temor. Pero en la parashá de *Bejukotay*, las maldiciones estuvieron dirigidas hacia toda la congregación, por lo tanto, los Hijos de Israel no temieron tanto.

No obstante, se puede objetar: ¡Habría sido ideal que Moshé hubiera reforzado el temor que tenían y les hubiera mostrado que, en efecto, ellos debían tener miedo de andar por el sendero del mal, el cual solo los llevaría a ser merecedores de todas las maldiciones pronunciadas! (Y encontramos que, ciertamente, las maldiciones se cumplieron, una por una, para nuestro pesar.) Siendo así, el miedo que expresaron los Hijos de Israel estaba bien fundado y justificado; entonces, ¿para qué Moshé Rabenu había calmado sus temores?

Podemos esclarecer que la intención de Moshé Rabenu no era quitar el miedo de los Hijos de Israel, sino que quiso consolarlos demostrándoles que existe la teshuvá, con la cual ellos podían expiar los pecados; y cuando el hombre retorna de sus malas acciones, *Hakadosh Baruj Hu*, que es el Amo de las misericordias, acepta el arrepentimiento y no se enfurece.

El gran Tzadik, Ribí Betzalel Rakov, *zatzal*, destaca en su libro *Mishcán Betzalel*, que está escrito en la parashá de *Ki Tavó* (*Devarim* 27:4-7) que cuando los Hijos de Israel llegaran al monte Eval, tendrían que construir un altar para Hashem y ofrecer sobre dicho Altar sacrificios con gran alegría. Aparentemente, ¿cómo hubiera sido posible sacrificar ofrendas de alegría allí ? ¡Lo ideal habría sido que sacrificaran sus ofrendas de alegría sobre el monte Guerizim, sobre el que se pronunciaron las bendiciones!

Podemos responder que los Hijos de Israel sacrificaron ofrendas de alegría sobre el monte Eval debido a que sabían que las maldiciones eran condicionales, ya que dependían de la transgresión. Y aun si ellos transgredieren, y luego se arrepintieren, *Hakadosh Baruj Hu* iba a perdonarles sus malas acciones e iba a evitar que se cumplieran las maldiciones. Por el solo hecho de saber que el arrepentimiento tenía el poder de quitarles de encima las maldiciones, ellos sacrificaron sobre el monte Eval ofrendas de alegría.

De acuerdo con esta explicación, podemos decir que el propósito de las maldiciones es el de acallar el Atributo de la Justicia, el cual exige el castigo correspondiente a los Hijos de Israel debido a la condición de "garantes mutuos" que había recaído sobre ellos (v. *Tratado de Shevuot* 39a). Por eso, en la Torá están escritas 98 maldiciones, con el fin de mostrarle al Atributo de la Justicia que, si los Hijos de Israel hicieren el mal a los ojos de Hashem, existe un juicio y existe un Juez, y ellos serán susceptibles de recibir el castigo correspondiente por sus transgresiones. Pero, en lo que a los Hijos de Israel respecta, aquellas no se consideran maldiciones, ya que incluida en las maldiciones está la bendición que los Hijos de Israel podrían recibir si hicieren teshuvá por sus faltas y pecados como corresponde.

Debemos aprender de aquí una lección de moral con el fin de merecer estar de pie delante de Hashem en el Juicio, en condición de aptos y meritorios. Entonces, solo el bien, la bendición y la bondad nos perseguirán todos nuestros días. *Amén veamén.*

20 de elul de 5785
13 de septiembre de 2025
951
Ki Tavó

Hilulá

20 de elul
Ribí Eliahu Lopian.

21 de elul
Ribí Yehonatán Eibshitz, autor de *Yearot Devash*.

22 de elul
Ribí Yehudá Ben Simjón.

23 de elul
Ribí Orí, *Hasaraf* de Stralisk.

24 de elul
Ribí Israel Meir Hacohén, autor del *Jafetz Jaím*.

25 de elul
Ribí Biniamín Yehoshúa Zilber.

26 de elul
El honorable Marán, Ribí Jaím Pinto Hagadol, *zíaa*.

Del Tesoro

Basado sobre las enseñanzas del Gaón y Tzadik, Ribí **David Jananiá Pinto**, *shlita*

La mitzvá de *bicurim*: recordatorio de la bondad del Creador

Pensé en esclarecer un poco acerca del fundamento de la mitzvá de *bicurim* ('primicias'), pues, con la rutina diaria, el hombre no medita acerca de las grandes bondades que día y noche le hace *Hakadosh Baruj Hu*. Hashem nos permite respirar, hace latir nuestro corazón, acciona nuestra mente, nos da una familia, hijos, alimento y bebida con abundancia; y todo lo hace de buena gana. Nosotros, por nuestra parte, nos desentendemos de todas estas bondades, como si —por así decirlo— nos mereciéramos todo eso legalmente.

Esta situación se puede comparar a la de un hombre que se encuentra en el desierto árido y desolado, sediento en busca de una gota de agua. De pronto, llega una persona y le ofrece una bebida revitalizante, y le permite beber todo cuanto quiera. ¡Cuán agradecido estaría aquel sediento con su benefactor! Sin embargo, este mismo hombre agradecido por el agua se olvida constantemente del Creador del Mundo, que le da a toda hora todo lo que necesita.

Por ello, tenemos la mitzvá de *bicurim*, que consiste en que el judío tome de las primeras frutas que le dio *Hashem Yitbaraj*, que brotaron en su huerta, y se moleste en llevarlas todo el camino hasta el Bet Hamikdash, en Jerusalem. En el camino, él medita: "¿Cuál es la razón por la que Hashem me ordenó tomarme todas estas molestias de subir hasta Jerusalem solo para llevar esta simple fruta?". Entonces, la persona comprende cuán grande es la bondad de Hashem para con ella al proveerle dicha fruta; y a partir de ese detalle, la persona llega a recordar todas las bondades que Hashem le hace cada día y cada instante de su vida.

Resulta que, a fin de cuentas, cuando una persona que llevaba sus *bicurim* llegaba al Bet Hamikdash, lo hacía con el corazón repleto de sentimientos de agradecimiento a Hashem y colocaba la fruta en las manos del *cohén* con todo el corazón y con toda su alma, con un gigantesco sentimiento de agradecimiento. Y cuando Hashem veía este agradecimiento del judío, Él se llenaba de alegría. Por lo tanto, el versículo está escrito con la expresión *vehaiá* (והיה: 'y será'), la cual, como nos enseñaron nuestros Sabios, de bendita memoria, es una expresión de alegría. De modo que el hombre tiene que subir a Jerusalem precisamente con el fruto, y no puede redimirlo por dinero, para poder realizar dicha meditación.

El hombre que llevaba los frutos de *bicurim* tenía que rezar con total sumisión y anulación delante del Altar y mencionar las bondades que Hashem hizo con nuestros Patriarcas, a los cuales salvó de la pobreza, especialmente a Yaakov Avinu, a quien Laván el Arameo intentó empobrecerlo todo el tiempo que Yaakov estuvo conviviendo con él. Y después, cuando Yaakov salió, Laván quiso incluso matarlo, y erradicarlo del mundo por completo. Pero el mérito de la plegaria que rezó Yaakov Avinu a *Hakadosh Baruj Hu* para que lo salvara de Laván el Arameo es lo que estuvo del lado de Yaakov, y también, hoy en día, este mérito está del lado de su descendencia. Y en la mitzvá de *bicurim*, he aquí que este descendiente de Yaakov que traía sus *bicurim*, venía, con conciencia total, a agradecer públicamente al Creador del Mundo por todo el bien que le ha hecho a cada instante, y por haber cumplido con la promesa que Él les hizo a los Patriarcas, de darle a la descendencia de estos la Tierra de Israel.

Perlas de la Parashá

Reflexiones inspiradoras

Si el pobre se deleita, la intención no importa

"Observa desde Tu Morada sagrada, desde el cielo." (*Devarim* 26:15)

Jazal dijeron: "Toda 'observación' que aparezca en los versículos no es sino para mal, con excepción de 'Observa, desde Tu Morada sagrada', porque la entrega de dádivas a los pobres es tan grande y poderosa que transforma el Atributo de Ira en uno de Misericordia".

Y el Rav Hakadosh, Ribí Israel de Tchortakov, *zíaa*, explica las palabras de *Jazal* de la siguiente manera:

"Cuando dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria, 'Toda observación', quisieron decir que, si desde el Cielo observaren y examinaren nuestros actos para ver si son buenos, encontrarán que todos son 'para mal'; es decir, siempre encontrarán que nuestros actos son defectuosos, 'con excepción de [...] la entrega de dádivas a los pobres'; o sea, la 'observación' que hicieren en el Cielo de este acto siempre será para bien, aun cuando la intención involucrada en la entrega de dicha dádiva no fuera como se debe. Esto es así ya que, sin importar la intención con la que fue entregada la dádiva, el pobre se sustenta con aquello que se le dio...".

Y así se cita a nombre del Báal Shem Tov Hakadosh, *zíaa*, que dice que incluso el estudio de Torá y el servicio a Hashem tienen que ser en Nombre del Cielo y con la intención debida; sin embargo, en cuanto a los actos de bondad, en el Cielo no son tan meticulosos, pues, a fin de cuentas, el que recibió el acto de bondad se deleitó con este, ¿y qué más da si el que realizó el acto de bondad lo hizo en Nombre del Cielo o no?

Cuidar el honor de quien lo honra a uno

"Ustedes vieron todo lo que hizo Hashem ante sus ojos, en la tierra de Egipto, al faraón y a todos sus siervos y a toda su tierra." (*Devarim* 29:1)

Moshé Rabenu reprochó a Israel por el hecho de haber sido malagradecidos con *Hakadosh Baruj Hu*, porque después de que vieron todos los milagros y las maravillas que Él les había hecho en Egipto y los había sacado de allí, ellos dijeron: "Nombremos un líder y volvamos a Egipto". Y, además, dijeron: "Recordamos el pescado que comíamos en Egipto gratis", y como estas, otras expresiones similares. Dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria (*Tratado de Bavá Kamá* 92b): "Al pozo del cual bebiste agua, no tires una piedra". Y escribió el Meíri que, a pesar de que es apropiado no menospreciar a ninguna persona en el mundo, de todas formas, hay que cuidarse aún más de no menospreciar a la persona que nos honró o que nos hizo un favor. Y aun cuando uno tan solo pensó en menospreciar a tal persona, sin llegar a hacerlo de hecho, es considerado un ser bajo y abominable. Así, encontramos que algunas de las plagas que sucedieron en Egipto fueron traídas precisamente por Aharón, debido a que Moshé no quiso ser malagradecido ni siquiera con los elementos inertes. Y todo aquel que sea malagradecido con el compañero es como si renegara de toda la Torá.

A partir de esto, Ribí Jaím Palaggi, *zatzal*, destaca en su libro *Tojajat Jaím*, que el hombre debe aprender que tiene que alabar y agradecer a *Hashem Yitbaraj* por todo el bien que Él le hace, y no debe ser un malagradecido que siente resentimiento por las cualidades de *Hakadosh Baruj Hu* —*jas veshalom*—.

Divré Jajamim

¿Cuándo nosotros le hemos dicho alguna vez a la sirvienta que se fuera a descansar en medio del trabajo?

En la plenitud de los días de elul, en los que todos nos dedicamos a hacer teshuvá y a prepararnos para el Día del Juicio en el que —*beezrat Hashem*— seremos escritos y sellados para una vida buena y para armonía, es recomendable que recordemos las palabras profundas del Gaón de Vilna, que figuran al comienzo del libro *Even Shelemá* y que dicen que "todo el servicio a Hashem depende de la corrección de las cualidades, pues estas son como una vestimenta para las mitzvot y para las reglas de la Torá. Todos los pecados tienen su raíz en las cualidades. Y lo principal en la existencia del hombre es el hecho de componer las cualidades, reforzarse y romper aquellas que son malas, pues, de no hacerlo, ¿de qué le sirve la vida?".

Marán, el Gaón, Ribí Mijal Yehudá Lefkovitz, *zatzal*, en su libro *Imré Dáat*, nos provee una enseñanza, producto de sus años de experiencia: "Yo les puedo decir, sobre la base de hechos existentes, comprobados a través de decenas de años, que el fundamento de la edificación del hombre, la forma de como él construye su futuro y se establece para toda la vida, no son sus habilidades ni demás aptitudes; más bien, ¡solo las cualidades forman al hombre! Si el hombre tiene buenas cualidades, entonces, tiene un futuro brillante, y si —*jas vejalila*— las cualidades que tiene no son buenas, entonces, está muy lejos de todo lo bueno. A pesar de que una persona puede aparentar ser poseedora de virtudes y cualidades refinadas, podemos equivocarnos, y, en verdad, ella se encuentra muy alejada de las virtudes por completo".

Ribí Lefkovitz concluye de forma contundente: "Y así hemos visto en los grandes de nuestra generación y en los de la generación anterior, todos aquellos que son conocidos por todos: las buenas cualidades fueron el fundamento principal de su personalidad".

El Gaón, Ribí Mijal Zilber, *shelita*, atestigua acerca de lo que él mismo presenció en su Rav, el Gaón, Ribí Yejezkel Abramski, *zatzal*, en lo que respecta a su trato particular con la sirvienta que tenía a cargo la limpieza de la casa.

De vez en cuando, el Rav la llamaba en medio de la labor y le aconsejaba que descansara un poco. También le pedía que hiciera su labor, en general, de forma un poco más lenta y ligera que de la forma apresurada y pesada como lo hacía, que seguramente le resultaba agobiante. El Rav le decía todo esto a pesar de que ello le implicaba a él un gasto mayor de dinero, ya que de esa manera ella tardaba más tiempo en hacer las mismas tareas.

Este trato particular, con el cual demostraba su atención al prójimo —en este caso en particular, a la sirvienta—, indudablemente, habrá provocado que ella tuviera una apreciación distinta, mucho mejor, acerca de la Torá y de lo agradables que son sus senderos. Un enfoque como éste, de tratar de forma honrosa a toda persona, sin fijarse en quién es o de dónde proviene, es lo que trae la armonía y la paz.

Cuando una vez Marán, el Gaón, Ribí Natan Tzvi Finkel, *zatzal*, le preguntó al Saba de Slavodka cómo resumía él lo principal de sus actos en la vida, este le respondió con una sola oración muy sucinta, pero, a la vez, muy profunda: "Procuré educar a mis alumnos para que fueran 'sabios y buenos' ".

La enseñanza principal de la educación que quiso impartir el Saba de Slavodka a sus alumnos estaba fundada en la necesidad de adquirir sabiduría y, paralelamente, un buen corazón. Tan solo estos dos requisitos juntos son suficientes para hacer el bien a todo el mundo.

Bamsilá naalé

Pasajes de fe y confianza en Hashem de la pluma de *Morenu Verabenu,* el Gaón,el Tzadik, Ribí **David Jananiá Pinto,** *shlita*

La forma errónea de transmitir el mensaje

Una vez viví una experiencia de la cual aprendí una gran lección de moral.

En una ocasión, vi a cierto hombre que estaba profanando Shabat en público. Cuando sus familiares se aproximaron a mí en una oportunidad, les expresé mi enorme aflicción y amargura por el hecho de que un miembro de su familia profanaba Shabat. El sobrino de dicho hombre, al ver cuán profundo era el resentimiento que yo sentía frente a la profanación de Shabat de su tío, fue donde éste y le dijo que yo estaba muy enojado con él. Dicho hombre me llamó por teléfono y me dijo: "Si el Rav está enojado conmigo, entonces, ¡no me importa nada de él!"; y antes de dar por terminada la llamada, en su furia, dijo que iba a abandonar el judaísmo y dejar de cumplir la Torá y las mitzvot. Traté de calmarlo, explicándole que no estaba enojado con él, sino solamente estaba muy triste y decepcionado por el hecho de que él no era meticuloso con la observación de Shabat.

Luego de pasado un tiempo, sucedió que me encontré con aquel sobrino y nos pusimos a conversar, y de repente, salió a la luz el hecho de que él le había dicho al tío que yo estaba enojado con él. Le pregunté al sobrino por qué le había dicho al tío aquello sin mi consentimiento. Él me respondió que todas sus intenciones habían sido para bien. Él pensó que, si su tío escuchaba que el Rav estaba enojado con él, iba a tomar conciencia, retornar en teshuvá y decidir volver a observar Shabat.

Dicho sobrino sintió una gran aflicción por el hecho de que, de lo que había dicho, no había surgido el provecho que él esperaba, sino que, al contrario, provocó un daño en el tío, pues decidió quitarse la *kipá* y abandonar toda la Torá. Le dije a aquel sobrino que la Torá nos prohibió transmitir las palabras que una persona dice (*lashón hará*), aun cuando uno las transmita literalmente, y sean verdaderas —con excepción de palabras de Torá, sobre las cuales es una mitzvá revelar en nombre de quién se dicen—. Y agregué que en ese momento, ambos estábamos exactamente frente a un caso en que las palabras habían provocado un profundo daño.

A raíz de esta anécdota, aprendí una gran lección de moral acerca de cuánto uno tiene que cuidarse de cada palabra que saca de su boca, pues he aquí que, a pesar de que la intención del sobrino era netamente para bien, de todas formas, era factible que al expresarse agregara palabras que no debiera, o quizá hablara de forma un tanto agresiva u ofensiva, lo cual había provocado que el tío lo tomara todo para mal. Por lo tanto, lo mejor habría sido no decir nada en absoluto.

La Torá dijo (*Vaikrá* 19:17): "Ciertamente, has de reprochar a tu pueblo y no cargarás por él un pecado". De esto se entiende que la persona tiene que reprochar al compañero directamente y no a sus espaldas. Esto se debe a que, si lo reprocha a sus espaldas, es probable que tropiece haciendo un reproche del cual no surgirá ningún provecho. Y aprendemos, además, acerca del valor y la importancia de la palabra de la persona, acerca de cuánto tiene que ser cuidadosa la persona de observar su palabra y cuidarse de no tropezar en los demás temas relacionados con la palabra.

Estamos próximos al día de la hilulá del extraordinario tzadik, nuestro santo ancestro, Ribí Jaím Pinto Hagadol, zíaa.

No es posible describir con palabras la magnitud de su rectitud y de su grandeza. Se cuentan muchos relatos acerca de él, pero yo procuro siempre transmitir únicamente aquellos que cuentan con una fuente fidedigna.

Compartiré aquí algunos de estos relatos auténticos que ilustran la magnitud de su grandeza, y muestran hasta qué punto estuvo inmerso en un mundo de santidad aun durante su vida terrenal, y cómo se apegó a su Creador al grado de alcanzar aquella dimensión de "El justo decreta y *Hakadosh Baruj Hu* cumple".

Cercano está Hashem a quienes Le temen y cumplen Sus mitzvot

El siguiente relato ocurrió con mi abuelo, *Hatzadik Hakadosh*, **Ribí Jaím Pinto Hagadol, *zíaa*,** y nos enseña cuán cercano está Hashem a quienes Le temen y cumplen Sus mandamientos.

Cuando Ribí Jaím Pinto tenía apenas unos dieciocho años, aunque ya se había destacado como un gran tzadik y servía como *Av Bet Din* de la ciudad de Esauira, acostumbraba recorrer lugares para enseñar Torá públicamente.

En una de esas disertaciones, un hombre del público se levantó, y gritó con desprecio: "¡Suficiente, ya detente!". Ribí Jaím no se enojó, a pesar de haber sido humillado en público, sino que contuvo su dolor y su vergüenza.

Al salir de aquel lugar, elevó una plegaria a Hashem y pidió que, en mérito de haber cumplido lo que enseña la *Guemará* (*Tratado de Shabat 88b*): "Aquellos que son insultados y no responden, que escuchan su afrenta y no contestan, sobre ellos dice el versículo (*Shofetim* 5:31): 'Y los que aman a Hashem serán como el sol cuando sale en su fuerza'", se le concediera la posibilidad de levantar una pequeña sinagoga en la que pudiera enseñar sin que lo interrumpieran en su labor sagrada.

Y el milagro no tardó: ese mismo día, el tzadik, Ribí Jaím Pinto, *zíaa*, encontró un terreno pequeño que estaba en venta. Aunque Ribí Jaím vivía con gran sencillez y carecía de medios, no se intimidó por la suma pedida y aseguró al dueño que ese mismo día daría el dinero. Los judíos que lo oyeron se preguntaron de dónde sacaría tal suma. Pero Ribí Jaím levantó sus ojos y manos al cielo y, con confianza absoluta, dijo simplemente: "*Hakadosh Baruj Hu* estará conmigo y me ayudará".

Al lado de aquel lugar vivía un árabe marroquí justo, que también escuchó sus palabras. Tan impresionado quedó de la fe inquebrantable de Ribí Jaím en *Boré Haolam*, que se acercó a él en secreto y le dijo: "Debo ausentarme de la ciudad durante cuatro años. Tengo una gran suma de dinero y no encuentro un lugar seguro para guardarla. Después de oír tu fe en Hashem comprendí que eres de fiar, por eso te entregaré mi dinero. Úsalo para comprar el terreno y levantar la sinagoga. Cuando regrese, me lo devolverás, aunque sea en pequeños pagos".

Ribí Jaím y el árabe piadoso firmaron un acuerdo, y Ribí Jaím, con su honestidad ejemplar, añadió una cláusula: que si él fallecía antes de que el hombre volviera, éste podría reclamar el dinero a sus hijos.

Pasaron los años desde aquella anécdota, y hasta hoy —cerca de doscientos cincuenta años después— aquel árabe ni ninguno de sus descendientes regresó jamás a reclamar la suma.

Antes de morir, Ribí Jaím Pinto ordenó que esa sinagoga nunca fuera vendida y que permaneciera en manos de la familia Pinto, ya que fue erigida con dinero ajeno, y si los herederos del hombre vinieran a reclamarlo, y la familia Pinto no pudiera devolver el dinero, deberían entregarles el terreno y el edificio como pago justo.

Gracias a aquella sinagoga, se desarrolló una comunidad floreciente alrededor del tzadik, que multiplicó la santificación del Nombre de Hashem en el mundo.

Cánticos de alabanza en conjunto

Otro relato que muestra la grandeza y el poder de nuestros ancestros tzadikim viene de la familia del *paitán* (cantor) Hakadosh, **Ribí David Jasín, *zíaa*,** de los grandes de Meknes: Una noche de Shabat, se le apareció en su casa Ribí Jaím Pinto, *zíaa*, y le pidió que lo acompañara a Mogador para entonar juntos los cánticos de *Zemirat Bakashot*.

Ribí David le dijo: "¡Pero Mogador está a casi mil kilómetros de Meknes! ¿Cómo podría llegar hasta allá en pleno Shabat?".

Ribí Jaím le respondió que él se encargaría de todo, y que incluso lo devolvería a su casa esa misma noche.

Y así fue: mediante un salto espiritual milagroso, llegaron juntos a Mogador, donde pasaron la noche entera elevando cánticos y alabanzas a *Hakadosh Baruj Hu*. Hacia el amanecer, Ribí David se encontró de nuevo en su hogar.

A raíz de este suceso, preguntaron en una ocasión a mi padre, Ribí Moshé Aharón, *zíaa,* cómo era posible que Ribí Jaím hubiera transgredido la prohibición de *tejumín*, que es la de recorrer largas distancias (como de una ciudad a otra) en Shabat, aunque fuese por medios cabalísticos.

Mi padre respondió:

—Cada judío posee un "doble espiritual" que cumple lo que uno ordena. Los justos, que están unidos a la santidad constantemente, se encuentran vinculados con su doble espiritual y pueden enviarlo a cualquier lugar según lo deseen. ¿Acaso piensan que el cuerpo físico de Ribí Jaím viajó en pleno Shabat Kódesh? ¡Por supuesto que no! Fue su "doble espiritual" el que cumplió su voluntad de manera sobrenatural. Quien alcanza la perfección en *néfesh*, *rúaj* y *neshamá* puede hacerlo.

Y agregó:

—Es más fácil lograrlo cuando el espíritu domina sobre lo material, pues entonces la persona se convierte en un ser esencialmente espiritual. Pero cuando se da prioridad a lo material sobre lo espiritual, el ser humano se convierte en una criatura burda y terrenal.

Palabras profundas y maravillosas, dignas de quien las pronunció.

Un "salto" espiritual

El Gaón y Tzadik **Ribí Rafael Ankawa**, *Av Bet Din* en Marruecos, contó a nuestra familia el siguiente hecho:

Nuestro abuelo, Ribí Jaím Pinto Hagadol tenía un alumno brillante llamado **Ribí Eliyahu Ben Amuzag** que había venido de Livorno (Italia) a Mogador para estudiar donde él. Tras ser ordenado como *Dayán* ('juez'), regresó a Livorno, donde ejerció como juez rabínico.

El 19 de elul de 5605 (1845), apenas una semana antes del fallecimiento de Ribí Jaím, dos judíos acudieron al *Bet Din* de Livorno. Dos de los jueces querían fallar de una manera, pero Ribí Eliyahu discrepó, sosteniendo que aquello contradecía la opinión de su Maestro y Rav, Ribí Jaím Pinto. Al escuchar el nombre venerado del tzadik aceptaron el dictamen de Ribí Eliyahu.

Aquella noche, víspera del 20 de elul, Ribí Eliyahu estaba estudiando en su casa cuando tocaron a la puerta. Al abrir vio con asombro y alegría a su Maestro, Ribí Jaím Pinto, en persona. Se sentaron a conversar largamente sobre cuestiones halájicas y Ribí Jaím le dijo a su alumno: "Debes saber que en tu último fallo cometiste un error. Sin darte cuenta, dictaminaste en mi nombre algo equivocado. Los otros jueces tenían razón, y yo concuerdo con ellos. Debes corregirlo cuanto antes". Le explicó el error y luego partió.

Por la mañana, Ribí Eliyahu contó a todos que su Maestro, Ribí Jaím Pinto estaba en la ciudad. La gente quiso verlo también y recibir su bendición, pero no encontraron a Ribí Jaím en ninguna posada.

Pocos días después llegó desde Marruecos la triste noticia: Ribí Jaím Pinto había fallecido. Entonces comprendieron que aquella visita en Livorno, la noche del 20 de elul, fue milagrosa, ya que en esos días se encontraba postrado en su lecho. Ribí Jaím se valió de su poder espiritual para realizar un salto espiritual milagroso que le permitió llegar hasta su discípulo en Italia para corregir el error halájico cometido en su nombre, antes de dejar este mundo.

Con la llegada del nuevo año que se aproxima,
deseo bendecir a todos los lectores
y a todos los que apoyan las instituciones
fundadas en nombre de los santos tzadikim:
mi abuelo, Ribí Jaím Pinto, *zíaa*,
y mi padre, Ribí Moshé Aharón Pinto, zíaa.
Que sean inscritos y sellados para bien
en este nuevo año, un año bueno,
dichoso y bendecido en toda clase de bienes;
con abundante sustento, salud robusta,
muchas bendiciones y éxito en todos sus caminos.

Con estima, David Jananiá Pinto,
que tenga larga vida.

Un enfoque nuevo sobre la parashá

Si el presidente de los EE. UU. te pidiera un favor, ¿no estarías orgulloso de hacerlo?

Las noventa y ocho maldiciones que figuran en la parashá de esta semana solo llegarán justificadamente —*jas veshalom*— si se pierde la alegría en el servicio a Hashem, como dice el versículo: "... por cuanto no serviste a Hashem, tu Dios, con alegría y con buen corazón" (*Devarim* 28:47).

De aquí, el autor de *Sefat Emet* explica que la Torá nos destacó aquí el motivo del exilio, para que estemos conscientes de ello y sepamos qué es lo que tenemos que mejorar, y para que corrijamos nuestros pecados. Este esfuerzo en perfeccionarnos de acuerdo con la Torá es lo que nos traerá la Redención.

Entonces, con mayor razón, si el motivo del exilio fue la falta de alegría en el cumplimiento de las mitzvot, consecuentemente, el pueblo judío debe demostrar que sirve a *Hashem Yitbaraj* con alegría, en medio del exilio, y en la plenitud de los sufrimientos terribles que experimenta. Y como la medida de la bondad es mucho mayor que la de la aflicción, sin duda alguna, esta conducta será el motivo para nuestra redención completa.

Un judío es hijo del Rey de reyes, y cuando tiene que servir a su Creador y cumplir con Sus preceptos, se tiene que sentir, por lo menos, como si fuera una persona que pagó toda una fortuna solo para obtener el mérito de tomarse una fotografía con el presidente de los Estados Unidos de América. Cuando llega el momento especial en el que se encuentra con el presidente para tomarse la fotografía, su alegría traspasa todos los cielos.

Y si en aquella ocasión el presidente le pidiera que le hiciera un favor, dicha persona se alegraría y se enorgullecería aún más, pues pensaría: "¡El presidente de los Estados Unidos se dirigió a mí particularmente para pedirme aquello!".

Siendo así, con más razón, lo mismo debe ocurrir cuando es *Hashem Yitbaraj* Quien nos pide que nos pongamos los tefilín, que nos sentemos en la sucá, que observemos Shabat, y así con todas las demás mitzvot. ¡Cuánto deberíamos de alegrarnos por ello! ¡El Rey del universo nos pide que hagamos tal y cual cosa! El corazón de cada judío debería ensancharse de alegría por tener el mérito de cumplir alguna de las numerosas mitzvot de la Torá y bendecir "... *asher kideshanu bemitzvotav vetzivanu...*".

En el libro *Alenu Leshabéaj,* se cita una anécdota que sucedió hace unas decenas de años en un barrio que, a la sazón, recién había sido construido en Jerusalem. Muchos de los residentes ya habían entrado a ocupar sus apartamentos en el barrio. No obstante, la infraestructura telefónica del sector todavía no había sido instalada. Como resultado, ninguna de las casas del barrio tenía conexión telefónica. Había solamente un hombre que, desde antes de la ocupación de dicho barrio, residía en el límite con aquel barrio y, por ende, estaba conectado a una central telefónica preexistente distinta. En todo el barrio, él poseía el único aparato telefónico que funcionaba.

Por cuanto los teléfonos celulares aún no eran asequibles en aquella época, era obvio que los residentes nuevos del lugar tocaban a su puerta constantemente para hacer alguna llamada. Con el pasar de los días, la solicitud para usar su teléfono solo crecía cada vez más. No solo eso, sino que, como consecuencia de las llamadas que salían, los allegados de aquellos residentes sin teléfono llamaban al teléfono del hombre y le pedían que buscara a fulano... y a mengano... y a otro fulano... En fin, la situación se tornó insoportable.

Cualquier otra persona le habría puesto fin a esa situación enseguida, y habría colgado un letrero grande en la puerta que anunciara: "Ya no se pueden hacer más llamadas desde esta casa". Pero este hombre era un *Talmid Jajam* y temeroso del Cielo. Y como, después de todo, su casa era la única con un teléfono que funcionaba en todo el sector, y una gran parte de las llamadas que los residentes hacían eran verdaderamente importantes o urgentes, el dueño del teléfono sentía una gran responsabilidad para con el público, y no cerró las puertas de su casa a los que necesitaban hacer un llamado telefónico.

Pero, por otro lado, la angustia y el sufrimiento que esto le ocasionaba a diario a la familia anfitriona solo iba en aumento, porque las personas que venían a llamar por teléfono no tomaban en consideración las horas de descanso y llegaban también al mediodía, y hasta bien tarde en la noche. Trataban el aparato telefónico de aquella familia como si fuera un teléfono público en todo sentido...

El anfitrión decidió dirigirse donde uno de los grandes Sabios de la Torá de Jerusalem para preguntarle cómo conducirse al respecto. Aquel Sabio le respondió:

"Si antes de que un extraño hiciera una llamada telefónica desde tu teléfono, recibieras una llamada personal del presidente de EE. UU. —o, por cuanto tú eres un *Talmid Jajam*, digamos que el que te llama es uno de los grandes Sabios de la generación—, y te pidiera que dejaras que aquel extraño hiciera una llamada telefónica, ¿acaso no estarías muy contento de cumplir con su petición? Entonces, con más razón, tienes que alegrarte al saber que *Hakadosh Baruj Hu* —el Rey que es el Rey de reyes, y Cuya grandeza no tiene límites, ni se compara a la importancia de los dirigentes de América o de Europa o de ninguna parte del mundo— es Quien te pide que hagas bondad con Sus hijos y les permitas llamar por teléfono. ¡Al hacerlo, estás cumpliendo Su voluntad!".

El Sabio continuó: "Y aún no he concluido. Pues todavía no hemos tocado el tema de la recompensa que se recibe por el cumplimiento de cada mitzvá. Piensa, por un momento, que, si te dijeran que por cada llamada telefónica recibieras mil dólares, ¿acaso no estarías muy contento, como si hubieras encontrado todo un tesoro? ¡Cada persona que toca a tu puerta para usar el teléfono es una fortuna para ti! ¡Incluso esperarías que vinieran más y más personas! Tampoco te importaría en absoluto a qué hora llegaren, si al mediodía o en medio de la noche. No sentirías que te estuvieran provocando la menor aflicción o el menor sufrimiento por el hecho de que te están quitando las horas de descanso, porque sabes que por cada llamada recibirás mil dólares. Basta con diez billetes verdes de cien dólares cada uno para tranquilizarte a ti y a los miembros de tu familia por las molestias y el sufrimiento por los que pasan. Admite que mis palabras son ciertas", dijo el Sabio. El hombre asintió con la cabeza.

"Siendo así –continuó el Sabio–, con mucha más razón, cuando se trata de una mitzvá, cuya recompensa no tiene límites, particularmente por el hecho de que esta mitzvá es difícil para ti cumplir, pues tú mismo dices que ello produce molestias y sufrimiento a tu familia. ¡Cuán grande es la recompensa que les espera a ustedes por cada llamada telefónica! **Así mismo es con cada mitzvá que se le presenta a la persona en la vida, aun cuando implicare algún tipo de molestia o angustia. Si nos detuviéramos un momento y pensáramos en la recompensa que nos espera por ella, ¡en un instante convertiríamos todo el asunto en una misión increíblemente fácil de cumplir!"**.